

Psicología y desarrollo humano

Lenguaje y 'lenguajes'

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

Hasta ahora nos hemos detenido casi exclusivamente sobre el lenguaje entendido como 'voz' que lanza un puente, según la definición de Aristóteles, de un lado con los afectos del alma, y del otro con las letras escritas. En ese sentido se ha manejado la definición de lenguaje como 'símbolo', ya que proporciona un nexo, un encuentro entre las dos realidades.

Diferentes lenguajes

Sin embargo, en un sentido amplio se pueden calificar como 'lenguajes' todas las diferentes modalidades a través de las cuales un estado afectivo del alma llega a manifestarse. Encontramos, así, el lenguaje de los gestos, los colores o los olores y, naturalmente, de los sonidos. Si nos hemos detenido sobre estos últimos, es porque constituyen la base de la articulación fonética que es propia del lenguaje humano.

Hemos visto también que el lenguaje se propone como piedra de toque en el paso de la simple percepción y gratificación de estados emocionales primitivos (lucha por la sobrevivencia, miedo, angustia, agresividad...) y la elaboración del pensamiento. Como ya anticipamos, el desapegarse de las necesidades humanas no es algo descontado. La manera de enfrentarlas y asumirlas tampoco es igual para todos. Asimismo, la elaboración del pensamiento no pasa espontáneamente de niveles primitivos a otros más maduros. Se establece una peculiar interacción entre las dos realidades, de forma que cada una puede influir sobre la otra propiciando ya sea un progreso como un posible bloqueo o regresión. La comunicación humana, que es el rostro interpersonal del lenguaje, está marcada por estas fuerzas y puede reflejar tanto la armonía como la lucha o contraposición entre ellas.

Posibilidad y riesgo

La apertura a la alteridad, como rasgo esencial del ser humano y de la que el lenguaje es la expresión más significativa, se abre paso a través de etapas, de estadios, que encarnan, de formas distintas, esta vocación original del hombre. La encarnan y a la vez la pueden detener u obstaculizar, reduciéndola de hecho, aunque no de derecho, a una alteridad conflictiva, deformada o inclusive negada.

Alejándonos del significado prevalentemente filosófico de lenguaje que hemos manejado hasta ahora, podemos decir desde un punto de vista fenomenológico y psicológico que cada una de estas etapas constituye un 'lenguaje' diferente. Más allá de la sola expresión oral, se presenta como una manera de entrar en relación con uno mismo y con el otro/Otro. La realidad externa, el otro, no tiene simplemente un significado en sí, sino que habla a la persona de distintas formas. Y estos niveles de significado constituyen los diferentes lenguajes con que la persona expresa su comprensión y relación con el mundo.

Las innumerables dificultades de comunicación y la difícil tarea educativa, en todos sus campos, encuentran en esta pluralidad de lenguajes no conocidos y no adecuadamente interpretados, su explicación principal.

Dimensiones cognoscitivas

Jean Piaget, psicólogo que se interesó por el desarrollo psicológico de los niños, ha demostrado cómo al comienzo del desarrollo cognoscitivo se producen esquemas orientativos en prevalencia sensoriales y motores. El lenguaje del cuerpo, que se manifiesta mediante muecas, alteraciones del rostro, gestos y posturas, no se acaba en las tempranas edades de la vida, y no siempre alcanza a salir del horizonte limitado de las necesidades humanas que lo caracteriza en sus comienzos. La rigidez catatónica, las risitas y movimientos incontrolados y repetidos del esquizofrénico, son unos entre otros ejemplos de lenguaje corporal encerrado sobre sí mismo.

El llanto puede adquirir significados muy distintos en un niño recién nacido o en un adulto. En el primer caso puede ser expresión de un desequilibrio fisiológico provocado por el hambre; en el segundo, manifestación de la compasión ante el sufrimiento de un ser querido.

Sin embargo, no se excluye que el adulto no recurra a estos gritos desesperados como signos de un 'yo' que se siente a la merced del mundo externo y que no logra diferenciarse suficientemente de ello.

Asimismo, se puede seguir atribuyendo un sentido mágico tanto a las palabras como a los hechos, según una modalidad propia de la edad infantil. Entre los 4 y 7 años, después de haberse alejado de esquemas en prevalencia corporales, el niño empieza a conferir una función nueva a las palabras. Durante esta etapa preconceptual, él cree que tanto las palabras como las cosas tienen vida propia. Piensa, por ejemplo, que fue la piedra quien lo hizo tropezar y por esto la avienta; se siente responsable de la caída de su madre ya que pocos minutos antes lo había deseado; llora porque le dicen «tonto», pues siente que si se le califica de ese modo, de hecho es un tonto. Es posible encontrar tal cual esta visión mágica, o rasgos de ella, en personas adultas que están convencidas, por ejemplo, que con sólo pronunciar ciertas palabras adquirirán los poderes, tanto buenos como malos, que éstas encierran; o que recurriendo a determinados objetos, ritos o fórmulas, podrán propiciarse algunos beneficios. El esoterismo representa muy bien esta concepción mágica de la vida; ofrece la ilusión de poder manipular la existencia sin el sufrimiento del esfuerzo cotidiano y, a la vez, hace vivir en una temporalidad ajena a la realidad y a la historia.

Todo esto demuestra cómo el paso a una alteridad rica de significado y lo más amplia posible, puede verificarse únicamente mediante un largo camino de desarrollo donde tanto elementos afectivos como relacionales y cognoscitivos se van entrelazando, dando origen a la compleja realidad humana. En ese camino –vale la pena repetirlo–, el lenguaje se va forjando y asumiendo matices y expresiones que no responden siempre a su auténtica vocación.

Dimensiones afectivas

El lenguaje, o mejor dicho, los diferentes lenguajes que la persona va adquiriendo a lo largo de su vida y en los que se va continuamente expresando, a la vez que presuponen la relación, la establecen y de alguna manera la determinan. El complejo mundo de la emotividad, con sus dimensiones inconscientes, si de un lado enriquece el vasto campo de

la comunicación humana, por el otro no lo hace tan lineal y fácil de interpretar como se quisiera. En efecto, aprender a hablar se da en un contexto de relaciones cuya matización afectiva es esencial. El lenguaje, que idealmente debería manifestar una comprensión y relación consigo mismo y con el mundo cada vez más auténtica, puede en realidad quedarse encerrado sobre la persona y no provocar nunca aquella apertura hacia el otro que estructura su esencia. La adquisición del lenguaje, por lo tanto, no constituye un proceso fácil. Mucho menos lo es llegar a la apropiación del significado profundo de esta característica única y propia de la persona humana, según los términos descritos hasta ahora. No cabe duda que tanto los éxitos como las derrotas en las relaciones y en el vasto campo de la comunicación humana, tienen siempre algo que ver con esa área afectiva de la que dependen para su correcta interpretación. El papel tan central que asume la relación en el llegar a ser de la persona, depende en buena parte de esta coloración afectiva.

También los valores adquieren una importancia antes desconocida. Los valores requieren, progresivamente, una cierta trascendencia respecto a sí mismos. Quedan, sin embargo, no sólo en un contexto de valores humanos naturales, sino también en un contexto que está marcado por una notable ambivalencia. La búsqueda del bien del otro, menos centrada sobre el 'yo', queda amarrada al esfuerzo por alcanzar un bien para sí mismo y no logra superarlo.

El éxito de la vida humana, en familia, en comunidad, en la amistad, se juega en su mayoría en el terreno de estas interacciones que llevan el signo de una profunda falta, de desequilibrios y de una necesidad afectiva nunca saciada. La lucha humana, que en última instancia es espiritual y religiosa, corre el riesgo de ser «reducida» a los confines de estos problemas. El horizonte de la trascendencia se encierra en los límites de una alteridad amenazadora, y en procesos que no logran actuar con suficiente libertad.

El diálogo o comunicación refleja tanto los alcances como los bloqueos de esta alteridad llamada a ser cada vez más plena y auténtica. El 'otro' puede ser visto como alguien que me permite ser quien soy, alguien que satisface mis necesidades, o bien, que me interpela para salir de mí mismo. Y, finalmente, como promesa y encarnación de una alteridad que trasciende a ambos. También el lenguaje será el reflejo de estas distintas percepciones.

Así, el don más alto que el hombre posee lo hace descubrir al mismo tiempo su límite; un límite que se revela sobre todo en la fugacidad de las palabras, de las que la memoria lingüística logra sólo un salvamento parcial; en la distancia nunca colmada que se produce entre lo dicho y lo no dicho; en el contraste entre lo que el habla es en su esencia y las innumerables distorsiones y reducciones que se producen en los encuentros cotidianos. Tanto los logros como los fracasos de la comunicación no hacen más que manifestar un deseo de plenitud que, quizás, en los límites reluce con una fuerza peculiar.

La relación con un 'tú' humano, aun cuando alcanzara niveles satisfactorios o psicológicamente maduros, no lograría nunca por sí sola dar razón y sentido a este inagotable deseo. La comunicación interpersonal, con su nostalgia de totalidad, mientras pone de manifiesto sus bellezas y sus límites, apunta a aquella Palabra de quien viene y a la que quiere volver.